

ISSN 2007-1620

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 46, No. 46, Vol. III
Enero-Diciembre 2019

Letras



UANL®

CONTRALECTURA TRASATLÁNTICA: FRANCISCO BILBAO ANTE LA INVASIÓN FRANCESA A MÉXICO

Víctor Barrera Enderle*
Universidad Autónoma de Nuevo León

Resumen: Francisco Bilbao (Santiago de Chile, 1823 - Buenos Aires, 1865) representa uno de los momentos fundaciones de la construcción identitaria latinoamericana. Lector agudo de su tiempo, Bilbao fue un intelectual en constante diálogo (y discusión) con las principales corrientes del pensamiento liberal y social modernos. Desde la escandalosa publicación de *Sociabilidad chilena* en 1844 hasta su trilogía latinoamericanista: *Iniciativa de América* (1856), *La América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864), su principal preocupación consistió en la elaboración de un discurso clarificador de la realidad local. Para ello, las comparaciones y contrastes con los modelos (políticos, intelectuales, artísticos e intelectuales) metropolitanos resultaron fundamentales. Uno de los puntos más álgidos de este proceso fue la reflexión de Bilbao en torno a la invasión francesa a México en 1862 y a la posterior

* Ensayista y crítico literario. Investigador de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Se especializa en ensayo latinoamericano y crítica literaria hispanoamericana.

instalación de una monarquía extranjera en el suelo americano: acción colonialista de una nación moderna, modelo de progreso, sobre un país joven que deseaba modernizarse y formar parte de la constelación de los pueblos civilizados. Me interesa describir aquí la lectura a contracorriente que realiza Bilbao de los principales discursos emanados de la modernidad (libertad, progreso, democracia) y la forma en que los apropia y resignifica para, posteriormente, configurar (articular) una noción de región (Latinoamérica) con sus propias coyunturas y particularidades históricas y epistémicas, aunque siempre en relación (una relación tensionada y en constante cruce) con Europa y Norteamérica.

Palabras clave: contralectura, estudios transatlánticos, ensayo latinoamericano, Francisco Bilbao.

El retorno de un lector insurgente

DURANTE MUCHO TIEMPO ME HA INTERESADO la forma (el término es insuficiente, lo sé) en que nuestros intelectuales decimonónicos (prefiero ese término, *intelectuales*, que es de cuño posterior, al de “hombres de letras”) leyeron y reelaboraron las principales corrientes del pensamiento occidental moderno. Como principio, nunca acepté las nociones de influencia e imposición. Es decir, nunca di por hecho que estos agentes culturales sólo recibían pasivamente modelos discursivos y, a la vez, los aplicaban en el suelo nativo sin ningún tipo de mediación crítica. Me parecían, las nociones de marras, cargadas de una violencia epistémica de suyo conflictiva.

Por el contrario, he tratado de leer este proceso desde una perspectiva más amplia: como una manera de apropiación y reinención (no exenta de tensión y de contradicciones, por cierto), en donde intervienen infinidad de factores, desde discursos hasta gestos, desde manifestaciones hasta intensiones. En mi ensayo *Lectores insurgentes*¹ (Barrera Enderle, 2013) trabajé con algunos de los intelectuales decimonónicos más importantes y me enfrenté a sus peculiares procesos de apropiación e intervención en los campos intelectuales y literarios. Entonces me interesaba, básicamente, describir sus estrategias para crear y articular formas de conocimiento no enajenadas (en la medida de lo posible, claro). No fueron todos, por supuesto, hubo varios autores que, por cuestiones de espacio, no pude incluir. Ahora me gustaría ocuparme de uno de ellos.

La vida de Francisco Bilbao (Santiago de Chile, 1823 - Buenos Aires, 1865) representa uno de los momentos fundacionales de la construcción identitaria latinoamericana (con todo lo contradictorio que ese proceso pueda ser). Observador agudo de su tiempo (un lector insurgente, para más

¹ En *Lectores insurgentes* analicé la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, Andrés Bello, Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria e Ignacio Manuel Altamirano.

señas), Bilbao fue un intelectual en constante diálogo (y discusión) con las principales corrientes del pensamiento liberal y social modernos: esa matriz que ha insuflado buena parte de la filosofía de la historia contemporánea en Occidente (y de manera peculiar en América Latina). Desde la escandalosa publicación de *Sociabilidad chilena* en 1844 hasta la aparición de su trilogía latinoamericanista: *Iniciativa de América* (1856), *La América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864), su principal preocupación consistió en la elaboración de un discurso clarificador de la realidad local (dicha realidad se contemplaba desde parámetros continentales, valga decirlo de una vez).

Para tal objetivo, las comparaciones y contrastes con los modelos (políticos, literarios, artísticos e intelectuales) metropolitanos resultaron fundamentales. ¿Cómo llegó Bilbao a la elaboración de su postura crítica ante la heterogénea realidad latinoamericana? Más aún: ¿de qué manera construyó un ideario político e intelectual que diera cuenta de la multiplicidad de elementos que componen a los pueblos latinoamericanos? Me parece que el proceso fue gradual, y que bien lo podríamos clasificar como una formación lectora o crítica, es decir, como la gestación de un lector insurgente. El asomo a la biografía resulta, por tanto, un ejercicio previo y necesario para entender las circunstancias que envolvieron su obra. En la crítica es preciso, a veces, convocar a los fantasmas.

Bilbao perteneció a la primera generación de intelectuales hispanoamericanos crecidos bajo la era de la emancipación política (nació en el mismo año de la batalla de Ayacucho, la cual significó la expulsión definitiva de las tropas españolas en el territorio continental). Hijo del dirigente liberal Rafael Bilbao, férreo oponente a la política conservadora implantada en Chile por Diego Portales, el joven Francisco experimentó la persecución y el exilio desde una edad temprana: la familia Bilbao emigró a Argentina en 1829, cuando la llamada “Revolución conservadora” (el famoso movimiento de los Pelucones) triunfó y terminó con la Organización de la

República de Chile, dando paso al empoderamiento paulatino de Portales (el gran titiritero que movía los hilos de presidentes, generales y secretarios).

El escritor José Victorino Lastarria, contemporáneo de Bilbao, lo expresaba de este modo: “Don Diego Portales entra a ejercer un poder absoluto que todos temían ejercer. En aquellos tiempos no era fácil encontrar quien quisiera ser tirano de su patria: en los nuestros cualquiera se pinta solo para serlo...”² (Lastarria, 2016: 45)

Diez años más tarde, en 1839, regresó a Chile con su familia e ingresó al prestigioso Instituto Nacional (que durante esa década se había modernizado como consecuencia de las reformas educativas impulsadas por Andrés Bello y Andrés Antonio Gorvea). En 1842, desde las aulas del Instituto y liderados por Lastarria, se creó la Sociedad Literaria (donde, por cierto, participó Bilbao como secretario), cuyo fin consistía en la creación de una verdadera literatura nacional, es decir, una expresión letrada ligada a los asuntos sociales e históricos de la nación chilena.³

Su ingreso en la esfera pública se dio justo cuando comenzaba a declinar el primer proyecto republicano impulsado por Simón Bolívar: el de la unidad continental. Los estados hispanoamericanos, débiles y en constante crisis, empezaban entonces a perfilar sus propios intereses. Una cosa resultaba clara: los deseos de modernización, que pasaban por la implantación del modelo económico liberal, no tomaban (o de

² Como mencioné al inicio de este ensayo, José Victorino Lastarria fue uno de los autores que incluí, por sus estrategias críticas de apropiación, bajo la categoría de “lector insurgente”.

³ En el “Discurso “ de instalación de la Sociedad Literaria, leído el 3 de mayo de 1842, Lastarria se preguntaba por la configuración de la literatura nacional: “¿Pero cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿Adónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simpe avecilla, después del espanto que le causa la explosión mortífera del arcabuz del cazador, romperemos nuestra marcha después del terrible desengaño que nos causa la idea de nuestra nulidad, cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos”. (Lastarria, 2001: 82-83).

plano rechazaban), cualquier tipo de reforma social. Más que la burguesía, la clase dominante fue la oligarquía que supo mantener y equilibrar, para su particular interés, los sistemas de explotación perfeccionados durante el coloniaje. Esto no pasó desapercibido para los jóvenes intelectuales, que intentaban completar, con su trabajo artístico y cultural, las tareas y reformas pendientes desde la emancipación política.

En 1844, a los veintiún años, Bilbao publicó *Sociabilidad chilena* y el escándalo no se hizo esperar. El texto rompía ataduras mentales y hacía evidentes las taras sociales: “Nuestro pasado es la España. La España es la edad media. La edad media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y la feudalidad”. (Bilbao, 1844: 59)⁴ Bilbao concentraba toda la negatividad de la realidad chilena en el pasado colonial y pugnaba por completar la revolución independentista a través de la transformación social.

Era una lectura sustentada en el liberalismo literario y en el romanticismo: luchaba por imponer la visión herderiana de la unidad nacional: memoria compartida, lenguaje común y el espíritu del pueblo para insuflar a las creaciones literarias y a las formas de representación políticas. ¿Cómo encontrar tales elementos vitales? ¿En dónde radicaban: en los libros o en las teorías?, ¿o en el pueblo? Y si fuera en el pueblo: ¿de qué tipo de pueblo estaríamos hablando? ¿Cómo se constituía y de qué manera se le podría representar?

En el momento de su formación intelectual, el socialismo se convertía en un tópico socorrido en las discusiones públicas tanto en Francia como en Inglaterra. Son los años de preparación del *Manifiesto comunista*, los agitados días de la Revolución del 48, que Flaubert recreara magistralmente en *La educación sentimental*. Una ciudad, París, experimentaba las primeras organizaciones y representaciones populares. Teatro insuperable para la puesta en escena de las ideas más radicales sobre

⁴ No deja de sorprender que buena parte de los textos de Bilbao casi no se haya reeditado. Afortunadamente eso está comenzando a cambiar.

representación política y participación ciudadana en todos los niveles.

En palabras del historiador George Lichtheim: “El socialismo francés, en sus inicios, fue obra de hombres que no pensaban en destruir la sociedad, sino que deseaban reformarla, a ser posible, por medio de una legislación ilustrada”. (Lichtheim, 1990: 65) Luego llegarían los radicales, una generación que buscaba superar a Owen, a Fourier, a Saint-Simon; el joven Marx, entre ellos, pero también Bakunin y otros anarquistas. Borrar todo y empezar de cero. La sensación de cambio (o la posibilidad de una transformación real) era más fuerte que nunca.

Bilbao se nutrió de estas discusiones y también de la lectura de revolucionarios radicales de los márgenes de Europa, que habían llegado a Francia, exiliados o en campañas en pro de luchas emancipadoras. Si bien, este periodo permanece en la oscuridad ante la falta de materiales, sabemos que en estos años entró en contacto con intelectuales de la talla de Edgar Quinet, Jules Michelet y Felicité Lamennais.⁵ Los primeros biógrafos del intelectual chileno, algunos historiadores del periodo (Domingo Amunátegui Solar, Diego Barros Arana, Manuel Bilbao, entre otros) y estudiosos del pensamiento social latinoamericano, suelen describir a Bilbao como un “discípulo” del socialismo utópico, que se desarrolló en Francia entre 1820 y 1840.

Contra esa tesis, muy difundida, el académico Rafael Mondragón responde: “Pero la verdad es que Bilbao no parece haber tenido como interlocutores principales a los ‘socialistas utópicos’, sino a un conjunto extraordinario de pensadores, hoy poco conocidos, que provenían de Polonia, Italia, Croacia,

⁵ Las pesquisas archivísticas de investigadores como Álvaro García San Martín han abierto nuevos enfoques sobre este periodo formativo de Bilbao: ahora sabemos, por ejemplo, que en 1845 asistió al curso de Quinet sobre *El cristianismo y la Revolución francesa*. Por esos mismos días comenzó su trato con Lamennais. Es importante decir que estos autores no eran desconocidos para Bilbao: los había leído en las sesiones de la Sociedad Literaria en 1842; lo que sí cambió con su trato personal fue el modo de leerlos: la profundidad del diálogo y el intercambio de ideas fueron decisivos en ese proceso.

Rumania y otras naciones sin Estado de la periferia de Europa, y estaban comprometidos en los movimientos de liberación nacional de sus respectivos países”.⁶ (Mondragón, 2015: 24)

Podríamos, entonces, trazar un breve resumen de su formación intelectual durante este periodo para dar cuenta de su metamorfosis política: Bilbao presenció en París la revolución de 1848 (bien pudo haber sido el Frederic Moreau de Flaubert), estuvo al tanto de los debates relativo al socialismo (la polémica entre los llamados utopistas y los “practicantes”); reflexionó en torno al cristianismo (o mejor dicho, sobre la lectura romántica del cristianismo) como doctrina social; participó, como lo asevera Mondragón, en varios proyectos de liberación nacional de distintos países sin estado en la periferia de Europa; y testimonió la represión política posterior.

Su primer viaje trasatlántico fue, sin duda, formativo, pero no lo convirtió en un “europeizado” (en el típico intelectual de los márgenes que sueña con asimilarse en las capitales modernas y adopta los gestos y conductas del *flâneur*), sino que, al contrario, lo hizo consciente de su propia diferencia. Y no sólo eso: alimentó su deseo de hacer algo al respecto y tratar de cambiar esa circunstancia adversa.

Contra la lectura trasatlántica: Bilbao y el neocolonialismo

¿En qué consiste, pues, la *contralectura* trasatlántica que realizó Bilbao? Antes de responder, me gustaría desmontar un poco los conceptos de marras: primero, ¿qué entiendo por *contralectura*? Leer, lo sabemos, no es una condición pasiva, sino una acción transformadora. Durante el periodo de formación de los estados nacionales hispanoamericanos, los intelectuales desempeñaron un rol protagónico en la confección de los roles públicos y en la división del trabajo: redactaron leyes, ejercieron la crítica literaria, crearon ficciones fundacionales, entablaron polémicas en torno a las principales formas de representación (estética,

⁶ Rafael Mondragón es uno de los académicos mexicanos que más ha trabajado la figura de Bilbao y por tanto recomiendo la lectura de su ensayo *Filosofía y narración. Escolio a tres textos del exilio argentino de Francisco Bilbao (1858-1864)* (2015).

jurídica y cultural). Su principal herramienta para tales empeños fue la lectura, pero llevada a cabo de manera radical (seleccionando algunos elementos y descartando otros), confrontando históricamente realidades distintas y hasta opuestas: de ahí su dirección a contracorriente, a contrapelo.

Respecto al adjetivo calificativo “transatlántico” y su vinculación a un cierto tipo de enfoque académico intercultural, debo agregar unos datos, para después marcar mi distancia. Más allá de su acepción geográfica (que comprende tanto a las regiones situadas allende y aquende el Atlántico, y a las embarcaciones y aviones capaces de cruzar de un lado a otro ese océano), los “estudios trasatlánticos” proceden de las dinámicas etimológicas de la academia norteamericana (nombrar un nuevo enfoque teórico y afirmar su individualidad y su viabilidad, dentro del marco regulativo la maquinaria educativa).

Se inscriben, por tanto, dentro de los estudios interculturales y pretenden superar la verticalidad (o violencia epistémica) de ciertos modelos teóricos hegemónicos en la posmodernidad. Así, se auto- instalan en la llamada “posteoría” al perseguir “la posibilidad de nuevos reencuentros entre la lectura, los textos, los géneros y los contextos”. (En Ortega y Del Palacio, 2008: 10) Buscan la reconsideración de los discursos literarios a través de la interacción que “produce un objeto distinto (un objeto literario y cultural conceptualizado como proceso), que se muestra y demuestra tan poroso como persistente, tan cifrado como indeterminado”. (2008: 10) Uno de sus principales promotores, Julio Ortega los define así:

En esa búsqueda de iniciativas críticas, que suman además la enseñanza y la metodología, los ‘estudios trasatlánticos’ aparecen como una posibilidad distintiva, libre de la genealogía disciplinaria, que reduce los textos a su origen, pero también libre del *parti pris* liberal, que requiere de un sujeto en el papel de víctima (colonial, sexual, imperial, ideológica). La lectura trasatlántica parte de un mapa reconstruido entre flujos europeos, americanos y africanos, que redefinen los monumentos

de la civilización, sus instituciones modernas, así como hermenéuticas en disputa.⁷ (Ortega, 2003: 114)

La “lectura transatlántica” pretende hacer dialogar a diversos sujetos (sin importar su condición histórica). Por el contrario, la *contralectura* que propongo para el caso de Bilbao (pero se puede aplicar a otros sujetos de índole parecida) rescata ese diálogo, pero hace visible la inequidad de los interlocutores. No victimiza a los agentes provenientes de Latinoamérica: por el contrario, resalta sus estrategias de selección y apropiación de diversos modos discursivos ejemplares. Es, en pocas palabras, una estrategia crítica y, al mismo tiempo, un cuestionamiento de las relaciones de poder en la geopolítica del conocimiento en Occidente. Dicho lo anterior, retorno a mi argumentación.

Al regresar Bilbao a Chile, cuando finalizaba esa convulsa década del 40, se dedicaría a radicalizar las formas políticas por todos los medios posibles. Ocupó, por ejemplo, un cargo público (como pantalla para otro tipo de acciones). En 1850, junto con su amigo Santiago Arcos, creó la Sociedad de la Igualdad, que, en palabras del ya citado Rafael Mondragón, se convirtió en “una de las más importantes organizaciones del movimiento popular latinoamericano”. (2015: 26) He aquí algunas de las propuestas radicales de la Sociedad: educación popular, emisión de propaganda en barrios y zonas apartadas de la ciudad, organización obrera y baños públicos.

Un año después, la Sociedad fue declarada ilegal por el intendente de Santiago y comenzó la persecución de sus fundadores y miembros. Y como suele suceder: la persecución escindió y dividió al grupo. Unos renunciaron a la política (convirtiéndose en detractores de los movimientos sociales). Otros afianzaron su vocación libertaria. Bilbao perteneció a este grupo.

⁷ Debo añadir que, desde hace años, Julio Ortega promueve y organiza el Proyecto Transatlántico a través de la Universidad de Brown, y que cada dos años se lleva a cabo un congreso internacional sobre el tema.

El joven intelectual chileno se exilió en el Perú y regresó a la escritura. Publicó, en Lima, *La revolución en Chile y los mensajes del proscrito* en 1853, y al año siguiente se unió al levantamiento liberal del general Ramón Castilla y, cuando éste triunfó y no cumplió lo pactado con el pueblo, comenzó a criticarlo en la prensa. El resultado: el encarcelamiento y, posteriormente, la expulsión de la nación andina.

Bilbao regresó a Europa y comenzó una nueva reflexión en torno a la condición latinoamericana. Tenía ahora mayor experiencia y había “descubierto” al llamado “bajo pueblo”: las comunidades indígenas. La presencia de estos grupos populares hizo evidente la inadecuación entre el estado nacional y sus formas de representación.

Uno de los puntos más álgidos de este proceso fue la reflexión de Bilbao en torno a la invasión francesa a México en 1862 y a la posterior instalación de una monarquía extranjera en el suelo americano: acción colonialista de una nación moderna, modelo de progreso, sobre un país joven que deseaba modernizarse y formar parte de la constelación de los pueblos civilizados. Me gustaría describir aquí la lectura a contracorriente que realiza Bilbao de los principales discursos emanados de la modernidad (libertad, progreso, democracia) y la forma en que los apropia y resignifica para, posteriormente, configurar (articular) una noción de región (Latinoamérica) con sus propias coyunturas y particularidades históricas y epistémicas, aunque siempre en relación (una relación tensionada y en constante cruce) con Europa y Norteamérica.

Los estudiosos de la obra de Bilbao dividen su vida en dos grandes momentos: el que va de 1839 a 1855, es decir, desde su ingreso al Instituto Nacional de Santiago hasta su segunda salida a Francia, tras la ya referida expulsión del Perú; y el segundo momento que parte de ese año de 1855 hasta su temprana muerte en 1864, y se caracteriza por su activa participación en la prensa y por la defensa de la soberanía de los pueblos establecidos al sur del río Bravo.

Su celebridad, poca o mucha, la debe, sin embargo, a otro aspecto, que necesito apuntar aquí brevemente.

La fama de Bilbao procede, entre otras cosas, de la discusión sobre el origen del uso del término América Latina. Para muchos, el dato primigenio se encuentra en la traducción (e intervención) que Bilbao hacía de una carta que Lamennais le había escrito el 5 de diciembre de 1853, allí dice:

Creed de seguro que nada hay que esperar de la América española, mientras permanezca enyugada a un clero imbuido en las doctrinas más detestables, cuya ignorancia traspasa todo límite, corrompido y corruptor. La providencia la ha destinado (a la América meridional) a formar el contrapeso a la raza anglosajona, que representa y representará siempre las fuerzas ciegas de la materia en el Nuevo Mundo.⁸ (Bilbao, 2014: 372)

Esa “América meridional”, añadida por Bilbao a la carta sería el germen del concepto. Una diferenciación geográfica, pero también simbólica. Bilbao propuso la idea de una América Latina, un poco después, en *La iniciativa de América*: conferencia leía por él en París, el 22 de junio de 1856, y publicada como folleto dos días después por la editorial D’Aubusson y Kugelmann (esta sería también la primera vez que se utilizaba el término en un documento impreso). Ahí lo exponía de esta manera:

Parece que el Viejo Mundo trabajase en cavar una fosa y elevar un mausoleo, a la personalidad para presentarse sobre el desarrollo de los siglos como una especie nueva del reino animal [...] Pero la América vive, la América latina, sajona e indígena protesta, y se encarga de representar la causa del hombre, de renovar el corazón, de producir en fin, no repeticiones más o menos teatrales

⁸ En 2014, la editorial chilena El Desconcierto comenzó la publicación de las *Obras completas* de Bilbao, contando con un grupo importantes de investigadores y estudiosos de su obra. La consulta de *La iniciativa de América* fue posible gracias a ese rescate editorial.

de la edad media, con la jerarquía servil de la nobleza, sino la acción perpetua del ciudadano, la creación de la justicia viva en los campos de la República. (Bilbao, 2014: 94-95)

La disputa por este bautizo conceptual no tendría mucha importancia si no despertara una contienda geopolítica e ideológica. Es indudable que la genealogía del término procede de una estrategia de diferenciación, y está vinculada a la hegemonía de la cultura francesa durante el siglo XIX. Sin embargo, es preciso poner los puntos sobre las íes para establecer las estrategias de apropiación crítica. Hay una toma de distancia en la elección y apropiación del nombre. Por supuesto: con él nos diferenciábamos de la América sajona, que ya se encontraba afinando sus perfiles y mostrando y cuidando sus intereses.

Durante mucho tiempo se atribuyó la confección del concepto a los proyectos del colonialismo francés. En 1968, y siguiendo la tesis de Edmundo O’Gorman sobre la invención de América, el historiador norteamericano John Phelan propuso la teoría de que “América Latina” era un *invento* de los franceses: “una idea creada por europeos, una abstracción metafísica y metahistórica, al mismo tiempo que un programa práctico de acción”. (Phelan, 1979: 6)

Phelan no sólo desconoce el trabajo de Bilbao, sino que atribuye el origen del término al francés L. M. Tisserand (en un artículo de 1861, publicado en la *Revue des Races Latines*). Los primeros hispanoamericanos en usarlos serían, según el historiador norteamericano, el colombiano José María Torres Caicedo y el argentino Carlos Calvo. Torres Caicedo hizo gala del nombre en su poema “Las dos Américas” (fechado en Venecia, el 26 de septiembre de 1856 y publicado en *El Correo de Ultramar*, en París, el 15 de febrero de 1857). Para el académico e investigador de la obra del pensador chileno, Álvaro García San Martín la cuestión es clara: “Bilbao instalaría el nombre con motivo de la intervención norteamericana en Nicaragua en 1856 y, después, dejaría de emplearlo con motivo

de la intervención francesa en México en 1862". (En Bilbao, 2014: 17-18)

Contra la intervención

Más importante aún que la certificación de originalidad (no me interesa esclarecer aquí quién fue el primero en acuñar el término), sería la resignificación que la idea de “América Latina” “tomaría a partir de ese momento, y las nuevas acepciones, que, poco a poco, irían configurando un espacio discursivo propio, si bien, aún alejado de la autonomía deseada. Y en ese proceso, la obra de Bilbao resulta fundamental. Era preciso, entonces, marcar de nuevo distancia: esta vez con Francia. La coyuntura, como podemos apreciar, fue determinante para esta estrategia nominativa. Y lo fundamental es que nos muestra el pensamiento crítico de Bilbao, y la forma en que buscaba evitar las contradicciones en la proclamación de un discurso emancipatorio.

¿Cómo adquiere el concepto de “América Latina” una acepción propia y no derivada de su vinculación a la latinidad de corte francés? Precisamente en la respuesta articulada ante los embates del imperialismo galo. Desde su retorno definitivo a América Latina en 1857, Bilbao se ocupó de manera central en la situación geopolítica de las naciones hispanoamericanas. Estamos en un momento de auge de la avanzada imperial: Francia, Inglaterra (y ahora Estados Unidos) empezaban a mostrar sus intereses expansionistas. ¿Cómo responder ante tal contradicción? Los países que habían producido los principales modelos discursivos de la modernidad (los referentes a la libertad y la igualdad entre todas las personas, sin importar, en apariencia, ni las razas ni las culturas), ahora exhibían impudicamente sus ambiciones materialistas.

La circunstancia política, o, mejor dicho, geopolítica, fue marcando sus estrategias críticas. La seña de identidad sería siempre la diferencia. Primero ante el expansionismo norteamericano (no hace falta recordar aquí la guerra contra

México en 1846 y sus consecuencias),⁹ y después contra el imperialismo francés de Luis Napoleón, que, aprovechando la crisis política posterior a la llamada Guerra de Reforma (estallada en 1857, luego la implantación de las leyes liberales y laicas de Juárez), envió sus tropas a México en ese año del 62 no sólo para cobrar deudas pendientes sino para terminar imponiendo el llamado segundo imperio de Maximiliano. Esto representaría otro desafío para Bilbao: ¿cómo articular un discurso crítico cuando los presupuestos de base provenían de la cultura invasora?

La América en peligro apareció en Buenos Aires en 1862. Este texto marcaría el viraje en la lectura “trasatlántica” de Bilbao, pues confirmaba la condición subordinada de la región a los imperios y potencias occidentales:

Méjico tenía traidores que sembraban la tentación. México es lo más bello y lo más rico de la América. Méjico, situado entre los dos océanos, entre las repúblicas del sur y las del Norte, es el centro estratégico del comercio y de la política del nuevo continente. Méjico monarquizado amaga a los Estados Unidos y a las repúblicas del sur, y con el apoyo de la Francia imperial, amenaza el mundo con la exterminación de la República; y sus tesoros explotados por la civilización imperial, pueden costear otra grande armada, para realizar el sueño

⁹ Ya en un texto titulado “El libro en América” de 1846 (y que funcionó como prefacio a la traducción al español de los *Evangelios* de Lamennais), Bilbao había reflexionado sobre el choque entre dos universos culturales distintos, pero entonces todavía prevalecía una visión romántica de la unidad nacional: “En México coexisten y se chocan las tradiciones y razas indígenas al lado de las tradiciones y descendencias de España. La religión: la política tiene bases opuestas. La nacionalidad busca su espíritu en las formas políticas y vacila en las guerras civiles. La oposición con los Estados Unidos envuelve en su odio el espíritu republicano de sus vecinos y que no puede comprender, pues parte de principios y antecedentes tan opuestos. En la confusión que resulta, vemos la duda por falta de creencias, los caudillos por falta de principios y el egoísmo como consecuencia. ¿Dónde está la unidad de la nacionalidad mexicana?” (2014: 39)

de Felipe II, y la intención escondida del heredero de Waterloo.¹⁰ (Bilbao, 1862: 12-13)

A diferencia de la lectura convencional que veía en esta invasión un caso particular, aislado, entre una nación civilizada y un país bárbaro, Bilbao ensayaba, en esas páginas, una visión continental, que comparaba y confrontaba, que establecía relaciones e intentaba, a su vez, trastocar la visión teleológica de la historiografía occidental, y sustituirla por una interpretación mucho más demoledora: a saber, que los valores de la vida moderna (democracia, soberanía, libertad), si bien eran de cuño europeo, pertenecían a toda la humanidad, y se debía luchar por ellos, incluso contra las mismas naciones que los crearon.

La defensa de la soberanía mexicana representaba, en rigor, una defensa de la soberanía de todos los individuos del planeta:

Nosotros vemos no sólo la independencia de Méjico en peligro, sino la Independencia del nuevo continente; no sólo su territorio amenazado de robo, sino la idea vital de los pueblos de América amenazada de exterminio: la desaparición de la República. (1862: 16)

Bilbao, entonces, siguió con atención el conflicto y reflexionó en torno a sus alcances y consecuencias. Tradujo e hizo publicar, por ejemplo, el folleto *La expedición de México*, de Edgar Quinet: un documento que denunciaba los abusos e ilegalidades de la empresa. Sabía que el modelo republicano estaba en peligro, pero, sobre todo, empezaba a reparar en las fallas de modelo. Entendió muy pronto que la simple instalación de principios importados no era suficiente para resolver los problemas nativos. Lo explicaba así: “En esta invasión hay dos peligros.

El primero es la conquista o la desaparición de la Independencia; y el segundo, es la exterminación de la república en el mundo”. (1862: 13) ¿Hasta qué grado eran independientes

¹⁰ Utilizo aquí la primera edición de *La América en peligro*, publicada en Buenos Aires por la Imprenta y Litografía a vapor de Bernheim y Boneo en 1862.

las naciones hispanoamericanas? Ése era el problema que más inquietaría a la generación de Bilbao, y más aún, este asunto de autonomía incluía, por cierto, a los ámbitos culturales, intelectuales y literarios. La República había sido la característica (salvo en los casos de Brasil y Paraguay) de todas las naciones americanas emancipadas, es decir, había sido el complemento de su descolonización, por lo que el modelo republicano tenía que ser ahora también una forma de resistencia anticolonialista: “La América ha creído, cuando el mundo dudaba, ha afirmado cuando las naciones desertaban de su propia causa, ha triunfado cuando la libertad moría”. (1862:18)

Como acción inmediata, como estrategia de resistencia, Bilbao proponía tres medidas para el conflicto galo-mexicano: la primera: una interdicción comercial con Francia (esto es, prohibir y dejar de consumir los productos franceses); la segunda: enviar ministros plenipotenciarios a México, a Europa y a Estados Unidos; y la tercera: levantar un empréstito en todas las repúblicas para donarlo al gobierno mexicano. Incluso sugería la posibilidad de reclutar un ejército continental para ayudar a la nación hermana.

Eventualmente, como sabemos, Francia logró imponer a un emperador en el suelo mexicano; sin embargo, la resistencia permaneció y en 1867 la república fue restaurada. Bilbao no alcanzó a ver el final del conflicto; pero en cambio no dejó de reflexionar en torno a los asuntos fundamentales: soberanía, igualdad, solidaridad. La última etapa de su pensamiento crítico estuvo marcada por esta coyuntura histórica. La circunstancia lo obligó a configurar un discurso anticolonial, que no sólo apropiaba sino rearticulaba muchos conceptos emanados del discurso de la modernidad.

En *El evangelio americano*, publicado en 1864, retomaba, entre otros aspectos, el asunto de la autonomía cultural. Los americanos, expuso ahí, precisaban de una escritura propia, de un libro autóctono que diera cuenta de la “originalidad que reviste la vida americana”. Una suerte de *Biblia* o *Corán* nativos que sirvieran de guía para las conductas públicas; mientras

llegaba ese *libro*, él ensayaba y trabajaba en torno a la filosofía popular del derecho, la filosofía de la historia americana y la proyección de los ideales cívicos. La soberanía como principio individual y colectivo, y la república como consecuencia lógica de ese libre albedrío cívico.

La transformación de su obra, sin embargo, había sido radical a partir del conflicto de 1862. Su temprana e inesperada muerte nos impidió saber hasta qué grado habría llevado sus reflexiones en torno a la descolonización de la cultura y la política regionales. No obstante, es posible advertir en su producción los temas y problemas que habrían de definir a las generaciones posteriores de intelectuales latinoamericanos: la identidad, la representación política, la heterogeneidad de las naciones locales, la necesidad de anteponer la igualdad en los proyectos de nación. (Pienso aquí en otro lector insurgente: José Martí.)

Recién ahora comenzamos a reflexionar en torno al papel de Bilbao en el largo debate relativo a la búsqueda de expresión latinoamericana. Con sorpresa descubrimos que muchas de sus preocupaciones son también las nuestras, y que, como él lo hizo, deberíamos pugnar porque las relaciones transatlánticas y globales sean muchos más democráticas y menos impositivas.

Fuentes consultadas

Bibliográficas

Barrera Enderle, Víctor: *Lectores insurgentes. La formación del discurso crítico hispanoamericano (1810-1870)*, La Habana: Casa de las Américas, 2013.

Bilbao, Francisco: *La América en peligro*, Buenos Aires: Imprenta y Litografía a vapor de Bernheim y Boneo, 1862.

_____. *Obras completas*, tomo 4, *La iniciativa de América. Escritos de filosofía de la historia latinoamericana y correspondencia con Lamennais, Quinet y Michelet*, introducción de Álvaro García San Martín y edición de Rafael Mondragón, Santiago de Chile: Ediciones El Desconcierto, 2014.

_____. *Sociabilidad chilena*, en *El Crepúsculo*, tomo II, núm. 2, Santiago de Chile, 1844.

Lastarria, José Victorino: “Don Diego Portales, juicio histórico”, en *Contra Portales*, Santiago de Chile: Ediciones Lastarria, 2016.

_____. *Recuerdos literarios*, Santiago: LOM Ediciones, 2001.

Lichtheim, Goerge: *Breve historia del socialismo*, traducción de Josefina Rubio, Madrid: Alianza Editorial, 1990, p. 65.

Mondragón, Rafael: *Filosofía y narración. Escolio a tres textos del exilio argentino de Francisco Bilbao (1858-1864)*, México. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe / UNAM, 2015.

Ortega; Julio: “Post-teoría y estudios transatlánticos”, en *Revista Iberoamericana*, III, 9 (2003).

_____ y Celia del Palacio (coordinadores): *México trasatlántico*, México: Fondo de Cultura Económica / Universidad de Guadalajara, 2008.

Phelan, John Leddy: *El origen de la idea de Latinoamérica*, traducción de Josefina Zoraida Vázquez, en Cuadernos de Cultura Latinoamericana, núm. 31, UNAM, 1979.